



SANTIAGO CASTELLANOS

# GOTHIA

MUERTE EN BARCINONA

---

Una novela que nos cuenta un momento crucial de la historia de la Península.

Barcinona, actual Barcelona, año 415. Clodia, una dama de la aristocracia, vive con gran intensidad tanto su amor a la Historia y a los libros como su odio a la sociedad patriarcal romana y al triunfo del cristianismo. Lucha por sus libertades, se recluye en su biblioteca, vive romances y disfruta del sexo más allá de su odioso esposo Minicio. Todo eso le permite respirar en la asfixiante mediocridad de un entorno lleno de hipocresía y recelos.

Es en ese ambiente de fiestas y falsas apariencias donde irrumpen los godos, que se asientan por primera vez en Hispania, alterando el orden marcado por Roma. Mientras los poderosos locales intentan sobrevivir al cambio de época y los líderes godos hacen frente a sus rivalidades, una serie de muertes dentro de los muros de Barcinona, entre ellas la del rey Ataúlfo, inquieta cada vez más a sus habitantes. Corren tiempos convulsos y cualquiera puede ser el asesino.

El choque entre romanos y godos, el ansia de libertad de Clodia, el ascenso del cristianismo y las intrigas de poder introducen al lector en este fascinante *thriller* histórico que es, al mismo tiempo, un gran fresco literario sobre la ambición y las traiciones.

*Para Delfina, Vega y Enrique.*

En el verano del año 415 d. C., el rey godo Ataúlfo  
fue asesinado en Barcinona, actual Barcelona

Este libro imagina lo que pudo o no pudo  
haber ocurrido

# BARCELONA

*Marzo del año 415 d. C.*

# 1

## Minicio

—¡Escuchadme! —Apolonio intentaba hacerse oír en el alboroto de voces de la curia de Barcinona.

—Ya te hemos escuchado, *hirce*, cabrón —gritó Helvio.

Odiaba a Apolonio. Se creía alguien. Pero no era nada más que un sucio griego. De las provincias orientales. Eso. Un griego porque hablaba griego. Aunque era sirio. Como tantos otros comerciantes que habían llegado a las costas de la Narbonensis, en la Galia, y de la Tarraconensis, en Hispania.

Habían venido a estropearles el negocio. ¡A ellos, cuyos *maiores* se remontaban a la fundación de la ciudad por Augusto! Le sacaban de quicio. Esos advenedizos que se ufanaban de ser más dinámicos que ellos, de tener mejor ojo con los negocios, le estaban jodiendo.

A él y a todos los demás, claro. Ya estaba harto de ser el único que decía a las claras lo que sus compañeros de curia pensaban, aunque callasen; el único que decía con palabras soeces lo que el resto solamente insinuaba con eufemismos y suavidades hipócritas.

—Tranquilo, Helvio —susurró Lucio Minicio a los oídos de su colega, mientras se levantaba muy lentamente de su asiento. Lo hizo a duras penas dada su avanzada edad y su grasienta obesidad—. Apolonio, querido, te hemos oído. No eres tú quien va a convencernos de que dejemos nuestras *domus* a los bárbaros. Son el emperador Honorio y el general Constancio quienes lo han hecho. Sus cartas han si-

do claras. Haced como yo, y esconded los sacos de monedas en vuestras villas de los valles del interior. —Minicio esbozó una mueca, al tiempo que deslizaba las últimas palabras con un tono pretendidamente amistoso.

Mientras, Helvio se inflaba de altivez y arrogancia por la brillantez de su maestro de infamias. Se solían repartir así las intervenciones. Él abría con sus salidas de tono, sus palabras gruesas y chabacanas. Y luego Minicio remataba. Echaba mano de ironías, o de mensajes inconclusos que eran perfectamente entendidos, y temidos, por quienes escuchaban.

Minicio era incapaz de reír, y sus numerosos enemigos en la curia sabían interpretar ese gesto, su leve sonrisa, como un símbolo de su maldad, que no pocos de ellos habían comprobado en sus carnes durante años.

Había logrado arruinar a varios de los curiales con su competencia desleal. Tenía proveedores de aceite y vino en el interior de la provincia que poco menos que le regalaban las ánforas por centenares a cambio de la extorsión y las amenazas encubiertas de una supuesta protección.

Además, Minicio controlaba a los modestos dueños de *tabernae* de casi toda la ciudad, que vendían sus productos textiles, alimentarios, o de otro tipo, solamente con el permiso de sus intermediarios, a veces más temidos que el máximo *patronus*.

—¿Tenemos que dejarles vivir con nosotros? ¿Qué será de nuestras mujeres y de nuestros hijos? —preguntó desde un extremo de la sala y con profunda angustia Domicio, otro de los curiales de la ciudad.

La curia. El viejo edificio rectangular en el foro de Barcinona que acogía a los miembros más señeros de la oligarquía local, cuyas familias habían copado durante generaciones las magistraturas de la ciudad. Allí estaban reunidos dos o tres decenas de decuriones.

En las últimas semanas, no pocos de los miembros de la curia habían salido de la ciudad para siempre, desafiando

las órdenes imperiales de aguantar y esperar a los godos, acampados a algo más de diez millas. Debían acoger a su rey y a sus jefes en las mejores casas de la ciudad.

Hubo un silencio. Todos miraban a Domicio. Su retórica era casi tan hiperbólica como la de Helvio, aunque menos soez. Pero ambos compartían la influencia que sus poderosos amigos, Apolonio y Minicio, tenían en la ciudad y en sus *suburbia*.

—¡Esto es indignante! ¡Una humillación! ¡Y, lo que es peor, tenemos miedo! —Domicio quiso concluir con exclamaciones en un tono muy elevado.

—Domicio tiene razón. Minicio, si nuestros antepasados supieran... —comenzó a argumentar Titio, mientras se recogía la incómoda toga que portaba esa mañana como todos los curiales de la reunión.

Se hizo un silencio. Admiraban a Titio. Había logrado sobrevivir a las extorsiones de Minicio. Sin embargo, dado que era aún más viejo que este, todos temían que pronto pasara a mejor vida.

—Apreciado Domicio, y muy querido Titio —cortó Minicio sin remisión, mientras lanzaba una sonrisa irónica a sus colegas y acomodaba sus gruesas manos encima de su barriga descomunal. Hizo una pausa y dirigió sus palabras al resto de los curiales, mientras les miraba fijamente escrutando sus debilidades—. Comprendo vuestro temor. Y me enternece vuestra bondad. Vuestras esposas hace tiempo que os han convertido en cornudos, como a mí la mía, pero eso mismo os protegerá. Dejadles que se las follen e intentad ganar dinero con ello.

—¡Pero qué dices, gordo seboso! —Domicio no pudo controlarse, mientras Titio, más experimentado en las tretas de Minicio, intentaba calmarlo.

Domicio sentía en su interior el paso del enojo a la cólera. Aquel Minicio era lo peor del ser humano. Siempre le había parecido tan feo por dentro como lo era por fuera.

—Mmm, no te alteres, Domicio. —Minicio le dirigió una sonrisa que por un momento heló la sangre de su oponente—. ¿No estamos aquí para enriquecernos con esta jodienda? Los godos son bestias inmundas, no discutiré eso. Pero pueden abrirnos mercados si el emperador les encarga misiones militares desde aquí y en los próximos meses.

»Recordad que las otras provincias de Hispania están repletas de esos otros bárbaros que entraron hace seis años, y las cartas parecen apuntar a que por ahí va la jugada. Aprovechemos esta oportunidad para llevarnos bien con ellos. No seáis hipócritas. Si no, os hubierais marchado. ¿O no es así? —Recreándose en su sonrisa maliciosa, la misma con la que ordenaba extorsionar y asesinar, hizo una nueva pausa, esta vez muy prolongada. Cuando obtuvo el efecto deseado, dejó caer su cargamento—. ¡Que se las follen a todas! Nosotros, a lo nuestro.

Domicio se levantó para contestar. Estaba lleno de ira.

Pero fue entonces cuando lo oyeron. El alboroto que esperaban ya estaba fuera. En el foro.

## 2

# Tulga

—Ssshhh, ¡calla, atontado!

Agila me da un codazo. Siempre hace lo mismo. Al menos, siempre que quiere avisarme de algo.

—Sigue caminando y no digas nada. Escucha a los mayores. Y ya está. —Hace un gesto indicando con la barbilla hacia delante, mientras levanta las cejas y arruga la frente.

Los mayores. Bueno, él también lo es. Dice que tiene veintitrés, cinco más que yo. Pero se refiere a los otros. A los que marchan media docena de pasos por delante de Agila y de mí. Son unos quince, y nosotros dos somos los más jóvenes del grupo. Vamos pertrechados. Cada uno llevamos nuestra espada. Aunque no nos disponemos a combatir. Hemos elegido los mejores ropajes, y los mayores se han puesto sus anillos de oro.

Yo llevo el cinturón que me dio mi padre en Italia cinco o seis años atrás, justo antes de morir en una de las emboscadas con las tropas imperiales. ¡Hace frío! Me ciño un poco el manto. Estamos a finales del invierno y las pieles aún vienen bien.

Haré caso a Agila. Él sabe. Escucharé. Para eso han decidido que sea mi primera misión importante. Para ir aprendiendo de los mayores.

Así que esto es Barcinona.

Había gentío en el camino de unas diez millas que nos ha traído desde el campamento hasta la ciudad. Pero esas personas iban en sentido contrario. Huían. ¿Va algo mal?

Nos dijeron que la mayoría de la población se quedaría. Después de todo, ha sido el emperador quien nos ha empujado hasta aquí. Dicen los mayores que el augusto Honorio y ese general suyo, Constancio, han dado orden a la ciudad para que acoja a nuestros jefes. Sobre todo a Ataúlfo y a Placidia. Se rumorea que el emperador la odia, pero sigue siendo su hermana, por más que se haya casado con nuestro rey.

Quieren que todo sea pacífico. Ya veremos.

De momento, por lo que veo, no todo es como se había previsto. Esas decenas de carruajes de gentes modestas que nos hemos cruzado salían hacia el norte. Imagino que muchos más habrán ido hacia el sur. Nos tienen miedo.

Dice Agila que el emperador ha obligado a los poderosos de Barcinona a quedarse dentro de sus casas lujosas. Y ahora nos toca a nosotros; es nuestra misión. Hablar con ellos. Aunque solamente los mayores saben lo que tienen que decir.

Miro hacia arriba. La muralla es muy elevada, quizá para la altura de seis tipos enormes subidos uno encima de otro, acaso siete. O más. No me da tiempo a contar, porque estamos ya en la puerta.

Hay vigías en las murallas. Las torres son imponentes, desde aquí veo cuatro o cinco, así que creo que deben de ser unas cuantas decenas de torres las que jalonan la muralla.

Nos esperaban. Fredebado habla con ellos y les enseña un documento.

Vamos a entrar.

Hemos cruzado una de las puertas principales de la ciudad. Sí, la muralla es enorme, mayor que otras que hemos visto por el camino desde el sur de la Galia. Hay guardias, desde luego. Tanto en las puertas como en el paseo de ronda de la parte superior de la muralla. Pero no son muchos. Creía que habría más.

No esperábamos otra cosa que un recibimiento distante. Sabían que veníamos como embajadores de Ataúlfo. Vuelvo a notar el frío. Más que en Narbona. Pensábamos que no sería así, pero nos hemos dado cuenta del error desde que acampamos a unas millas de la ciudad hace semanas.

Ya estamos dentro.

Entramos por una calle un poco más ancha que las que quedan perpendiculares a nuestra derecha y a nuestra izquierda. Los pasos del grupo se oyen en el enlosado por el que caminamos, retumban en los inicios de las adyacentes. Parece como si la ciudad estuviera desierta y nos quisiera escuchar, como si las calles fueran el oído de los barcinonenses que no quieren mostrarse.

Pero no está desierta.

Nos dijeron que Barcinona estaba mejor conservada que otras ciudades cercanas. Puede ser. Claro que solamente hemos visto las murallas y este sector por el que hemos entrado.

No sé si será la razón de que hayamos venido hasta aquí. ¿Por qué demonios venimos aquí y no a Tarraco? Queda más al sur, y quizá allí hace menos frío.

La verdadera razón es que Honorio y Constancio nos han obligado. Bloquearon los puertos del sur de la Galia y nos han conminado a pactar nuestra estancia en Barcinona.

Agila, que siempre busca el lado frívolo de las situaciones difíciles, dice que aquí habrá más mujeres. Cuando está de misión se le olvidan sus obligaciones con Nigidia. Y sé que se quieren, pero le pierden los ojos y las caderas de las romanas. ¿Qué estará haciendo mi Noga en el campamento? Allí se han quedado las dos, con los tres pequeños de Agila y Nigidia. Le dije a Noga que tardaríamos poco tiempo en regresar. La verdad es que no tengo ni idea.

Vuelvo a ceñirme el manto. ¿Qué hacemos entrando solos, sin las tropas? Aunque somos buenos guerreros, aquí

nos pueden liquidar en cualquier escaramuza. Las calles son estrechas y nosotros no las conocemos.

De todos modos, noto algo raro. En las largas series de viviendas de dos plantas que acabamos de dejar tras cruzar la muralla, había decenas de ojos en los ventanales. Nos miraban con curiosidad, pero en completo silencio.

Hemos girado en otra calle. Ahora son casas de una sola planta, como las que tenían los ricos en Narbona. En una de ellas hay dos tipos negros, parece que vigilan la entrada. Pasamos a su lado. Nuestros mayores los han mirado de soslayo, pero las dos torres negras ni se han inmutado. Deben guardar algo importante en esa *domus*.

Sí, definitivamente, hay algo extraño.

Las gentes nos miran en silencio. Son muy pocos los que deambulan por las calles. Está claro que han debido de decirles que se quedaran en las casas. En Narbona no pasó nada similar. Más bien al contrario, aquello era una juerga constante durante el tiempo que estuvimos viviendo allí.

Es la primera vez que veo una ciudad silenciosa. Esto no me gusta nada. Las calles son aquí más estrechas, al menos en este barrio por el que hemos entrado. Ya no veo casas de dos plantas. Conforme avanzamos hacia el foro, solamente hay casas de una sola, como la *domus* de los dos africanos.

Hemos girado a la izquierda y luego a la derecha. Tres guardias de la puerta de la muralla por la que hemos entrado van guiándonos. Caminan deprisa. Llevan una lanza y una *spatha* larga cada uno. Estaban nerviosos al recibirnos; me parece que tienen muchas ganas de llegar donde quiera que nos lleven. Aceleran el paso otra vez.

Esta otra calle es más estrecha. Hay comercios, pero no clientes. Solamente asoman los dueños con sus ayudantes. Miro al frente. Los mayores avanzan; hemos girado ahora a la derecha, tomamos una calle mucho más amplia que las anteriores.

Las cantinas están cerradas. Seguimos caminando.

Aquel espacio abierto al fondo debe ser el foro. Por lo que veo desde aquí hay dos niveles, uno inferior, a la altura de la calle por la que estamos llegando, y otro un poco elevado. Hay un templo en la parte superior, pero está deteriorado, como otros que hemos visto en Narbona. No me da tiempo a ver mucho más.

—Atento. Creo que hemos llegado. Ponte más cerca de mí, anda. —Agila ha dulcificado el tono.

Al menos esta vez me ha guiñado un ojo y no me ha dado un codazo. Se mesa la barba rubia y el cabello con trenzas aún más rubio. Me hubiera gustado ser tan rubio como él, pero ya cuando empezó a salirme barba en las Galias perdí esa esperanza. El mío es del color de la miel de monte alto, como me dice Noga.

Sí, es el foro, desde luego.

Los mayores han empezado a ralentizar el paso. Se paran.

Aquí hay mucha gente, ahora sí. Son al menos varios centenares. Se han congregado en la gran plaza enlosada y porticada. Se oía un runrún cada vez más intenso conforme nos íbamos acercando al foro. Pero al vernos entrar ha ido cesando.

Ahora mismo hay un silencio casi absoluto. Están callados. Nos miran. Son gentes humildes. No creo que sean los que viven en las *domus* de antes. Esos nos esperan en la curia. Veo bastantes niños, parecen divertidos. Sus padres, sin embargo, nos dirigen miradas temerosas.

Esta gente tiene miedo.

Agila niega con la cabeza. Me conoce. Sabe que quiero preguntarle por la misión. Es costumbre entre nosotros que algunos jóvenes acompañemos a los mayores en misiones de guerra y de paz, para aprender. Es mi primera misión de paz. He guerreado siendo un muchacho de trece años en Italia y luego en la Galia, desde los catorce hasta ahora.

Aunque esto no lo había hecho nunca, y menos con miembros del Consejo de Ataúlfo.

El rey no ha venido. Algunos jefes se niegan a llamarlo *rex*, *Rex Gothorum*. Dicen que es una palabra romana, y que en todo caso habría que utilizar nuestra lengua original, un *thiudans*, o acaso un *reiks*. Sin embargo, no son palabras que encajen con el poder actual de nuestro rey, que sobrepasa esos poderes.

Fue primero Alarico al que algunos jefes de entre los nuestros reconocieron con ese título. Agila dice que nosotros debemos tener reyes, que la época de los caudillajes ya pasó. Que desde que cruzamos el Danubio unas dos décadas antes de que yo naciera ya empezaron a cambiar las cosas. Que estamos dentro del Imperio. Que tenemos que estar unidos para sobrevivir entre romanos.

Pero no me ha querido decir sobre qué tenemos que hablar con los gerifaltes de Barcinona. Pasa por mi mente la conversación que hemos tenido algunas horas antes, en el *suburbium* de la ciudad, mientras esperábamos la orden de los mayores.

—Escucha, Tulga. Vamos a entrar en Barcinona —me había dicho mientras me ponía una mano en el hombro. Aún era de noche, pero el amanecer comenzaba a insinuarse.

—¿Qué? ¿Una invasión? ¿No decían que nos esperaban? ¿Que esta vez no iba a pasar nada malo? ¡Pero si se supone que por eso no hemos traído al ejército! ¡Si están todos en el campamento!

—Sí, y así es, espero. Ataúlfo envió una embajada hace tres días. Y el emperador ha enviado su orden. Saben que vamos a entrar. Pero de momento solamente a hablar. Será tu primera misión diplomática, vamos unos quince miembros del Consejo de Ataúlfo. Y tú vas a acompañarme.

—Agila, no esperaba que...

—No esperabas que fuera tan pronto, ¿verdad? A mí me pasó lo mismo hace siete años. Y fue en Roma. ¡En el